Michele Catanzaro

«Para enfermar, hay que entrar en contacto con un enfermo […]. Para asustarse, es suficiente con entrar en contacto […] con la televisión o internet.» Estas palabras, de un personaje de la película *Contagio,* resumen bien la epidemia de miedo que recorrió los medios durante la última crisis del Ébola.

No hubo correlación entre el desarrollo de esa pandemia y su cobertura mediática, tal como demuestra un estudio[1] que ha comparado el número de infecciones con los *Google trends* relacionados. La explosión mediática se produjo tan solo después de los primeros casos occidentales, pese a las advertencias de los expertos que anticipaban que el número de víctimas en Occidente sería casi nulo en comparación con África.

Según datos del *Informe Quiral,* los titulares del *New York Times, El País* o *La Vanguardia* hablaron mucho más de los Estados Unidos y de España que de África. La epidemia del miedo llevó a situaciones lamentables: unos inmigrantes arrinconados en la playa de Maspalomas porque tenían fiebre (imagen destacada por Graziella Almendral), o la compra compulsiva de trajes de seguridad que hoy están abandonados (como explicó Elena Ronda).

Con millones de muertos al año por causa de la obesidad, el tabaquismo o el alcoholismo, ¿por qué los medios plantearon el Ébola como un peligro para Occidente? Entre muchas razones, me gustaría destacar una: se reprodujo en un momento de crisis un patrón que el periodismo aplica de forma sistemática; en concreto, una manera de representar la salud muy escorada hacia el determinismo biológico, hacia la representación de la enfermedad como algo exclusivamente «natural», sin aspectos sociales y políticos. De ahí la gran atención hacia los aspectos mecánicos (el omnipresente grafismo del traje anti-Ébola) y la escasa atención hacia los aspectos sociales (como las carencias de la salud global). «Tengo la sensación de que el Ébola se trató como un desastre natural […] que además era contagioso», observó Josep María Gatell durante el debate.

Ese brote mediático fue una ocasión perdida, por ejemplo, para poner en la agenda informativa el debate sobre el papel de la Organización Mundial de la Salud (OMS), que reaccionó tarde y mal, en comparación con los brotes «del primer mundo», como el del síndrome respiratorio agudo grave. Otras organizaciones, como Médicos Sin Fronteras, tomaron las riendas. La congelación de la financiación pública de la OMS y la privatización de ramas enteras de la organización pueden tener un papel en su debilidad. Su prestigio está tocado por los conflictos de intereses emergidos durante la crisis de la gripe A. Sin embargo, estos asuntos casi no se han asomado a los medios.

Un aspecto poco conocido es el impacto de las narrativas mediáticas occidentales en los países afectados. Un estudio[2] ha hallado que la representación tremendista de África en los medios occidentales contribuyó a un rechazo inicial de la existencia de la enfermedad entre los lectores africanos. Por suerte, hay ejemplos de cooperación entre periodistas occidentales y africanos, como *Radio against Ebola,* del francés CFI, o la formación a distancia organizada por la World Federation of Science Journalists.

La crisis de los medios de comunicación redujo la presencia de periodistas sobre el terreno, observó Mónica López Ferrado, y propició el recurso a tertulias o programas de entretenimiento como vehículo de información, destacó Graziella Almendral. Paradójicamente, la enorme demanda de información fue contestada en parte con información superflua y alejada de la realidad africana.

En España se produjo una situación del todo anómala, por la opacidad y la incompetencia de la comunicación llevada a cabo por el ministerio, que generó un vacío en el cual camparon informaciones intrascendentes y poco verificadas, y la politización del debate en tiempos de recortes en el sistema sanitario. Varios periodistas denunciaron una operación de censura que se ha repetido en diversas crisis: la petición ministerial expresada por teléfono a los principales expertos del país de que no hablaran con la prensa. Una operación de este tipo está por debajo de los estándares internacionales de transparencia.

La CNN tituló una de sus noticias «Ébola, ¿el ISIS de los virus?». Más allá del esperpento, el paralelismo aguanta: tratamos a las víctimas africanas del Ébola con el mismo interés con que tratamos a las víctimas del terrorismo fuera de Occidente, o a los refugiados. El *hashtag* más «twitteado» en España durante la pandemia que dejó más de 11.000 muertos en el continente africano fue #salvemosaexcalibur. No hemos explicado suficiente, por ejemplo, que la priorización del Ébola en los degradados sistemas de los países afectados ha dejado una generación de niños sin vacunas y una cantidad ignota de muertes por parto o enfermedades, como destacaron Joan Caylà, Luis Encinas y Nuño Domínguez. El problema no es solo la falta de la más básica empatía humana. «Barcelona está a 4 horas de Dakar», observó Luis Encinas: los problemas del resto del mundo ya son problemas de casa.

Bibliografía

1. Villa R. La comunicazione in tempo di crisi. Il caso Ebola. Disponible en: http://www.asset-scienceinsociety.eu/sites/default/files/ebola_comunicazione_in_tempo_di_crisi_vercelli.pdf
2. Yusuf I, Yahaya S, Qabli S. Role of media in portraying Ebola in and outside Africa. J Trop Dis. 2015;3:152.